
ALGUNAS CONSIDERACIONES
SOBRE EDUCACIÓN É INSTRUCCION PÚBLICA.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

LA Historia nos demuestra en sus elocuentes páginas, que el primer sentimiento que el hombre experimentó fué el de reconocimiento y gratitud hacia la Divinidad.

Después vino el afecto á la tierra donde vió la luz primera, á los vientos que dulcemente susurran, á las nubes que rápidas cruzan por el límpido azul del cielo, al río que deslizándose muellemente unas veces, salta otras al chocar contra las rocas, formando hermosísimas cascadas en que el agua toda se deshace en perlas y diamantes matizados por los inimitables colores del espectro solar; en fin, á todo aquello que recuerda los años juveniles y los dulcísimos goces del hogar. Pues bien, este sentimiento es el amor á la patria.

¡Patria! Bendito nombre que llena todas nuestras aspiraciones, todos nuestros deseos. ¡Patria! Nombre que al pronunciarlo hace estremecer de júbilo las fibras más delicadas de nuestro ser. Nombre que encuentra un eco dulcísimo en el fondo de nuestro corazón. La patria es nuestra madre. La patria es también el lugar donde al ver la luz primera, recibimos al mismo tiempo el beso más amoroso y casto: el beso de nues-

tra madre. Es el lugar donde disfrutamos alegrías y donde muchas veces apuramos el cáliz de la amargura que nos ofrece el Destino; porque la patria, si bien nos da días de ventura, también tiene días de dolor, y esto principalmente cuando la vemos amagada por un enemigo extraño ó profanada por la planta de un invasor. Por fortuna esperamos que esos días amarguísimos no volverán á aparecer para nosotros, puesto que México ha demostrado que tiene hijos valientes y nobles que saben verter hasta la última gota de su sangre por un palmo del terreno de su patria.

La idea de patria es muy vasta y muy compleja. Ella comprende el pasado, el presente y el porvenir. Comprende para nosotros el privilegiado y hermosísimo país, que reclinado en medio de dos océanos, extiende majestuosamente su territorio desde las orillas del Río Bravo, hasta tocar con los límites de las Repúblicas de Centro América, y cuyo suelo accidentado riegan multitud de corrientes que lo fertilizan. La palabra patria es la condensación de todos nuestros afectos, alegrías y pesares.

Así pues, debemos inculcar en el corazón del niño, que más tarde será un hombre y en consecuencia un ciudadano, el amor á la patria.

¿Y cómo hacerlo? Por medio de la instrucción cívica. Ella no sólo nos inspira el amor á la patria, sino que desarrolla en nosotros las más altas virtudes: el amor á nuestros conciudadanos, el respeto á las leyes y á las instituciones.

La instrucción cívica pertenece, casi en su totalidad, á la educación del sentimiento, y su enseñanza debe empezar desde el hogar. La familia es un factor educativo muy importante, como lo demuestra plenamente la historia de los pueblos antiguos.

La escuela está llamada á continuar y completar la educación iniciada en el hogar, y con mayor razón cuando la familia no pueda darla por carecer de ella.

Triste es decirlo; pero estamos algún tanto atrasados en ma-

teria de educación cívica. ¿De qué proviene que teniendo una Constitución tan liberal, no gocemos en muchos casos de sus prerrogativas? pues de nuestra ignorancia, del desconocimiento de nuestros derechos y obligaciones.

Desconocemos el verdadero sentido de la palabra: *derecho*. Unas veces usamos de ella para cometer toda clase de abusos é injusticias, diciendo *usé de mi derecho, estaba en mi derecho*; y con decir: *no tienen derecho*, nos escusamos de cumplir con nuestros deberes.

Ignoramos que nuestro derecho acaba donde principia el daño ó perjuicio de otro ú otros; y que todo derecho trae consigo un deber que cumplir.

Si no queremos más que cumplir con nuestras obligaciones prescindiendo de nuestros derechos, nos convertiremos en esclavos; pero si no cumpliendo con nuestros deberes y obligaciones, exigimos á los demás que los cumplan para con nosotros, nos habremos convertido en tiranos.

Se ha dicho: "Del equilibrio de nuestros derechos y obligaciones nace la paz y la armonía social."

"Invoquemos nuestros derechos; pero no olvidemos jamás nuestras obligaciones."

Nosotros no invocamos nuestros derechos y olvidamos con frecuencia nuestras obligaciones. Y si no ved al ciudadano á quien llevan la boleta para que elija á sus gobernantes. ¿Qué hace? La deja olvidada en el fondo de su carpeta y no concurre á la casilla electoral, desvirtuando así la base de las instituciones democráticas y uno de los más notables pensamientos de los constituyentes.

Olvidamos que debemos respetar á la policía que representa la seguridad y el orden público. ¿No vemos al gendarme, vejado, burlado, odiado y aun asesinado por nuestro pueblo bajo? ¿No vemos que tiene que amenazar con su palo ó su pistola para ser obedecido? ¿No hemos visto al indio estorsionado por el Prefecto Político, por el Presidente del Ayuntamiento

to ó por el Juez en un pueblo, y por el administrador ó capataz en una hacienda?

¿A qué se debe esto, sino á la falta de instrucción cívica? Todo lo cual desaparecería si esta instrucción se hiciera extensiva á todas las clases sociales.

No tenemos por lo común una noción clara de las virtudes civiles; por ejemplo del valor tenemos ideas muy equivocadas. Se cree generalmente que el valor consiste en atacar á todos por todo, y en no soportar la menor injuria, ni aun la palabra más inocente si se presta á un sentido equívoco. Los hombres que abrigan semejantes ideas son irascibles, coléricos y poco civilizados. De estos hombres temibles deben huir las personas prudentes.

El verdadero valor consiste en saber hacer frente al peligro, con el único fin de cumplir con un deber ó por impulso de abnegación, que nos lleva á sacrificarnos en bien de nuestros semejantes.

El valor puede ser activo ó pasivo. El que nos impele á obrar, á entrar en acción es el valor activo; pero por grande que sea este valor, no puede compararse con el que se necesita para soportar el dolor, la desgracia, las injurias ó para permanecer firme resistiendo los ataques de los demás.

La instrucción cívica para ser completa, necesita de la educación de las facultades físicas, intelectuales y morales.

El hombre para defender á su patria de las invasiones extranjeras y para imponerse á las demás naciones, tiene necesidad de recurrir á las armas; convertirse de ciudadano pacífico en guerrero valiente y vigoroso; para lo que es indispensable el desarrollo físico.

En tiempo de paz la cooperación del ciudadano no es menos importante. Cuando todo respira tranquilidad y alegría, es cuando el ciudadano puede, aun más que en tiempo de guerra, engrandecer á su país. Entonces, entrando en el templo de la Ciencia y el Trabajo, se esforzará por alcanzar los mejores lauros para depositarlos á los pies de la patria.

Para el cultivo de la tierra, para la elaboración de las minas y para el ejercicio de las artes, son indispensables ciertos conocimientos científicos, y siendo la agricultura, la minería y el comercio, fuentes de riqueza para una nación, y contribuyendo esa riqueza á su engrandecimiento, el ciudadano no debe desdesharse de perfeccionar sus facultades intelectuales.

Las facultades morales desempeñan un importantísimo papel en la instrucción cívica.

El corazón del niño se ha comparado á la cera que se amolda á voluntad; ciertamente que el hombre á quien desde su infancia se le ha hecho comprender el cariño que debe á la madre, y que está acostumbrado á acatar y respetar las órdenes del padre, que además ama verdaderamente á sus hermanos, ese hombre sabrá amar á su patria, acatar y respetar las leyes del Estado y considerar á sus compatriotas como á sus iguales en libertades y derechos.

El niño debe saber que el que no ama á su patria, es como el hijo que no ama á sus padres; y que así como el mal hijo acarrea la desgracia de su familia, así el mal ciudadano contribuye á la desgracia de la nación.

Enseñémosle que si no debe permitir que á su madre se le dirijan palabras ofensivas, debe estar siempre dispuesto á defender la dignidad y la integridad de la nación.

El niño debe considerar á sus compatriotas como á sus hermanos; y hermanos que tienen la misma libertad y los mismos derechos que él; que serían entre sí enteramente iguales en identidad de circunstancias, y que si se observa que no todos tienen los mismos honores, empleos y privilegios, depende esto, entre otras muchas circunstancias, de sus diferentes aptitudes.

Inculquemos en el corazón del niño el anhelo de hacerse grande, haciendo así grande á su patria. Digámosle que el que aspira á salir de una condición humilde valiéndose del trabajo, ya sea corporal ó intelectual, se hace grande á sus propios ojos y á los de la sociedad; pero el que se vale para elevarse,

de las intrigas, traiciones y aun crímenes, si acaso llega á ocupar los primeros puestos del gobierno, será denigrado, envilecido y odiado, no sólo por sus contemporáneos, sino también por las generaciones venideras.

La instrucción cívica nos da también á conocer además, la forma del gobierno, su organización y el número y atribuciones de las diversas autoridades.

La Historia es un poderoso auxiliar para la instrucción y la educación cívica, por cuanto contribuye á formar y despertar sentimientos.

Los educandos verán encarnados en Mario y Sila, los perpetuos partidos políticos y los desastrosos resultados que traen consigo: en Alejandro Magno las consecuencias que tiene el afán de conquistar tierras, al mismo tiempo que admirarán en él á un gran descubridor que supo salvar grandes obstáculos; y por último, en Guzmán el Bueno encontrarán la lealtad llevada al heroísmo.

Comprenderán por qué ocupando el solio romano, emperadores tan perversos como Nerón, Cómodo, Caracalla y Helio-gábalo, se produjo la descomposición del Gran Imperio, deteniéndose su completa ruina tan sólo cuando estaban en el poder hombres como Marco Aurelio, Claudio II ó Diocleciano; puesto que el decaimiento ó elevación de las naciones corren paralelamente con las cualidades de sus gobernantes.

La instrucción cívica es obra, como decíamos antes, de la educación del sentimiento. Como los sentimientos nacen, crecen y se desarrollan al calor del hogar, de aquí la gran influencia que la familia tiene en la formación de los buenos y malos ciudadanos. Lanzando una rápida mirada en el libro de la Historia, encontraremos que las familias, en general, imprimían un sello característico á las nuevas familias que formaban.

Examinemos primero á Esparta por ser una de las naciones que llegaron al punto culminante tratándose de patriotismo. Allí el Estado absorbía todos los derechos; allí desaparecía casi completamente la familia, de tal manera que debiendo ser

todos los ciudadanos guerreros, y como guerreros fuertes y vigorosos, las madres llegaron á ahogar los gritos de la naturaleza consintiendo en que sus hijos débiles ó enfermizos, fueran arrojados á profundos abismos en que recibían la muerte. Cuéntase que las madres espartanas dirigían á sus hijos antes de partir para una batalla, las siguientes palabras: "Vuelve con tú escudo ó sobre tu escudo;" lo que quería decir: "Vence ó muere," puesto que se acostumbraba colocar sobre sus escudos á los que morían; lo que no era más que efecto de la educación eminentemente cívica que recibían. Los espartanos pertenecían enteramente al Estado; comían frugalmente en mesas colocadas en las plazas públicas; se entregaban á ejercicios corporales y á la gimnasia para fortalecer y desarrollar su cuerpo y acostumbrarse á toda clase de fatigas, soportando también el hambre y la sed.

En las llamadas guerras pérsicas, los espartanos se condujeron cual era de esperarse de su educación cívica. "Guardaban la estrecha garganta de las Termópilas 300 de ellos al mando de su rey Leónidas. Sabedor de esto Jerjes, rey de Persia, envió á decirles que le rindiesen las armas. "Ven á tomarlas," fué la respuesta. Y como al desplegarse el número de ejército en las llanuras que preceden á las Termópilas, un soldado griego exclamara: "Son tantos nuestros enemigos, que sus flechas nos cubrirán el sol." "Mejor, dijo Leónidas, así peharemos á la sombra." Los persas fueron rechazados en todos los asaltos. Sin embargo, debido á una traición, los persas se apoderaron del lugar, no sin que antes se arrojara el héroe espartano, seguido de sus compatriotas, en las espesas columnas de los persas, muriendo con todos los suyos. En el lugar en que sucumbieron estos héroes, se grabó después esta inscripción: "Pasajero ve á decir á Esparta que aquí hemos muerto defendiendo sus santas leyes."

En Atenas la libertad individual no estaba subordinada al Estado, sino que ésta era el medio para librarla del peligro. Es verdad que en Atenas como en Esparta prevalecía el principio

de que el ciudadano pertenecía desde niño á la patria y debía ser educado para ella; pero no se comprendía en ambos pueblos de la misma manera. Aquí se procuraba el ennoblecimiento de la patria por medio del cultivo de las artes y de la agricultura. Al efecto, los padres estaban obligados á hacer que sus hijos abrazaran el comercio ó aprendieran algún arte, y si eran pobres los dedicaban á la agricultura. Los niños permanecían hasta la edad de 7 años al lado de la madre y de la familia, separándose después para comenzar sus estudios.

Lo que vale la educación cívica de los griegos, pueden decirlo las virtudes de los Aristides, de los Cimón, de los Temístocles y de tantos otros que figurarán siempre como ejemplos admirables.

En cuanto á los romanos, bien conocidas son de todos sus virtudes cívicas, consecuencia ineludible de su educación y de la organización de la familia.

La educación cívica entre nosotros es de fácil imposición; porque podemos decir que en México existe el gérmen de las virtudes cívicas, y que para que se desarrolle, no tenemos más que fomentarlo, y entonces, como lo esperamos, ese germen producirá el engrandecimiento de la nación mexicana.

Que lo que decimos es verdad, se deduce de nuestra antigua historia. Los aztecas ó mexicanos tenían un gran respeto á la autoridad; obedecían, acataban y respetaban las leyes; su moral pública y privada era casi completa, y si algunos errores cometieron, se debieron en gran parte á su temperamento, caracteres y circunstancias especiales.

El valor ha sido siempre el distintivo de los mexicanos. El pueblo azteca era un pueblo guerrero, esencialmente guerrero. Su educación tendía á formar hombres fuertes y vigorosos, propios para la guerra. Se ejercitaban en la carrera y en otros ejercicios corporales; tiraban admirablemente y se acostumbraban desde pequeños á soportar hambre, frío y toda clase de fatigas.

Estaban dotados de valor no sólo activo, sino también del pasivo. Allí tenemos á Cuauhtemoc encabezando á su pueblo

y combatiendo valientemente contra las tropas españolas al mando de Hernán Cortés, desplegando un gran lujo de valor activo; y poco después lo vemos sufriendo con serenidad estoica el cruento martirio á que lo sujetó el conquistador, dando pruebas con ello de grandísimo valor pasivo.

¿En qué situación se presenta á nuestros ojos más grandioso y sublime? No sabríamos decidirnos. Este y otros muchos ejemplos pudiera presentaros; pero, ¿á qué cansar vuestra atención si mejor que yo sabéis como saben portarse los mexicanos?

Durante el período de la dominación española, la llama del amor á la independencia que siempre se había alimentado en el corazón de nuestros ascendientes, se apagó en algunos para siempre. Pero volvió á encenderse en otros. Entonces es cuando aparecen figuras tan notables como el inmortal Hidalgo, el ilustre Morelos y el valerosísimo Guerrero.

En la época de la Intervención francesa, el pueblo indígena se lanza en medio del fragor de las batallas sin esperar ninguna recompensa. Y es esto tanto más digno de admiración, cuanto que estaban mal vestidos, mal alimentados y peor armados.

El mexicano, pues, no necesita de que se excite su valor, sino otras muchas virtudes cívicas que existen en él en estado latente.

Nuestro suelo ha producido hombres capaces de sacrificarse enteramente por el bien de los demás. Hidalgo ofreció gustoso los últimos años de su vida en bien de la posteridad, y aunque debió prever que moriría antes de ver lucir la antorcha de libertad en la Nueva España, lo alentaba la esperanza de que sus esfuerzos serían secundados por otros, llegando al fin á conseguirse la victoria. ¿Qué le importaba su existencia si salvaba de la esclavitud á sus hermanos?

Hidalgo se sacrificó á sí mismo; prescindió de su individualidad en bien de la comunidad; prefirió morir en un cadalso á vivir entre miserables esclavos ¡Magnífico y noble personaje!

¡Morelos! ¿Puede darse más patriotismo que el de este hom-

bre? De condición humilde y sin ninguna instrucción, su talento y estudios emprendidos hasta los 30 años de edad, le hicieron acreedor á recibir un curato. Preséntase después á Hidalgo y recibe del caudillo de la independencia, amplias facultades para reunir fuerzas en la región del Sur.

Morelos sale de Carácuaro con dos ó tres criados y cuatro ó seis fusiles ó carabinas viejas por todo armamento. Aumentando el número de su fuerza á tres mil hombres, realiza verdaderos milagros que lo han inmortalizado. Sostuvo y rompió valerosamente el famoso sitio de Cuautla, y por fin muere salvando al Congreso Nacional.

Tan notables como estos caudillos son los hombres que los acompañaron en la guerra de independencia, como Allende, Aldama, Abasolo, los Galeana, los Bravo, Rayón y Matamoros.

Bajo el gobierno de la tiranía no pueden existir en toda su plenitud, ni la instrucción ni la educación cívica. Y así en la época de la dominación española, esa enseñanza estaba casi muerta. ¿Cómo había de existir, si entraña ideas de patria, libertad y derecho? ¿Cómo había de existir si era contraria á los intereses de los conquistadores?

Después de consumada la independencia debió de procurarse con empeño el desarrollo de la instrucción cívica. Sin embargo, no quiere decir esto que no existieran las virtudes cívicas, sino que el país comenzaba á organizar sus programas de enseñanza.

Hoy la instrucción cívica aparece en nuestra legislación escolar, llenando un vacío inmenso.

Hoy que atravesamos por un período de paz no interrumpido, sino por ligeras nubecillas que desaparecen pronto de nuestro cielo político, no debemos exigir que cada ciudadano sea un héroe en el sentido nato de la palabra, como tampoco podemos exigir que todos y cada uno sean genios intelectualmente hablando. No: nosotros no queremos caer en las exageraciones de los espartanos; admiramos más á los atenienses por su espíritu positivo. No queremos más que pequeños es-

fuerzos. Esfuerzos que alienten en vez de producir fatiga; que todos contribuyan con un pequeño contingente al engrandecimiento general.

El agricultor, el minero, el artesano, el comerciante, el abogado, el ingeniero y el médico, cada cual en su esfera y condición social, pueden ayudar al encarrilamiento y marcha del país por la senda del progreso.

México será una de las más grandes naciones del mundo, cuando sus habitantes sean buenos hijos, buenos esposos, buenos padres, y sobre todo, buenos ciudadanos.

El día en que la libertad luzca sus galas por todas partes, en que el trabajo y la instrucción sean el patrimonio de todos, y aquel en que la fraternidad nos una con lazo indisoluble, ese día se habrán cumplido los votos de nuestro más ferviente patriotismo.

México, 6 de Julio de 1895.

ELISA NAVARRO.